

Tres obras cortas

de Jerónimo López Mozo, Salvador Enríquez
y Manuel de Pinedo

Domingo Miras

II Premio de Teatro "Doña Mencía de Salcedo"

De
Jerónimo López Mozo
Salvador Enríquez
Manuel de Pinedo

Edición:
El Agujón de la Avispa

El Ayuntamiento de Noalejo ha concedido su *II Premio de Teatro "Doña Mencía de Salcedo"*, un Premio que ha ganado Jerónimo López Mozo, con *Puerta metálica con violín*, y en el que han sido concedidos dos accésit a otras dos obras dignas de ser destacadas: el primero, a *Cuando den las tres*, de Salvador Enríquez, y el segundo a *Y mañana será otro día*, de Manuel de Pinedo.

Las tres obras, tres piezas en un solo acto, han sido reunidas y editadas en un volumen por La Avispa. El resultado es un libro de fácil y amena lectura, en el que, en un espacio de gran brevedad, encontramos tres maneras, tres distintas formas de literatura dramática. Se trata del número 3 de una nueva colección, *El Agujón de la Avispa*, que se destina a obras breves, una especialidad cada vez más frecuentada por la nueva dramaturgia, quizá porque, una vez descartada la perspectiva de una futura normalización profesional, las obras de este tipo propician mayores posibilidades de difusión a mayor número de autores en eventuales montajes mixtos para públicos no convencionales, en un futuro tal vez no muy lejano.

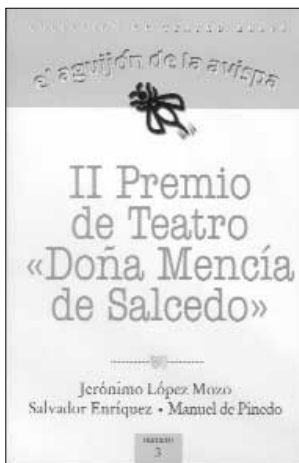
En esta nueva colección, los dos números anteriores al que nos ocupa fueron compartidos por Antonio Martínez Ballesteros y José Moreno Arenas, y por Juan García Larrondo, Eduardo Quiles, Fernando Macías García y Manuel de Pinedo, respectivamente. Es decir, que en su incipiente carrera de tres publicaciones, ya ha mostrado a siete autores, y uno de ellos por partida doble. Se trata de unos libros muy bien presentados, de claro y agradable aspecto, excelente impresión tipográfica y formato sólido, resistente, para que aguante sin mucho menoscabo el duro trato que pueda recibir de los jóvenes sacerdotes de la escena. Para su colocación en la biblioteca doméstica, el que varios autores compartan un volumen suele ser un compromiso para los que, como yo mismo, gustan de ordenar sus libros según el apellido de sus autores respectivos, así que, en este caso, mejor será renunciar a ese criterio y adoptar

el de las colecciones o el del tamaño físico de los volúmenes, que es un sistema universal, antiguo y respetable para guardar los libros en las casas.

Y, una vez que hemos visto el libro por su parte exterior, lo abrimos reposadamente y comenzamos a leer. ante todo, unas palabras de presentación de don Francisco Manuel Espinar Cabrera, Concejal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Noalejo, hacen de pórtico que informa al lector del propósito cultural que anima a dicho municipio a la institución y mantenimiento de este Premio. Y, si se tiene en cuenta que, como se dice en esta presentación, Noalejo es un pequeño lugar dedicado a la agricultura con una pequeña empresa de charcutería, este Ayuntamiento viene a ser ejemplar para tantos y tantos que, con más medios, no dedican a la creación y difusión de la cultura más esfuerzo que la rutinaria charanga de sus festejos patronales.

Entramos en materia, y hemos ante el primero de los textos teatrales que nos ofrece el libro. *Puerta metálica con violín*, de Jerónimo López Mozo, precedido por un prólogo del autor y estudioso del teatro Adelardo Méndez Moya en el que, en el breve espacio de dos páginas, se da noticia sobre López Mozo, sus características y sus méritos, suficientes para poner en antecedentes al posible lector desinformado, aunque es tan larga y tan reconocida la andadura de Jerónimo, que muy desinformado tiene que estar el lector de teatro que aún no le conozca.

Ciertamente, y como muy bien dice Méndez Moya, el teatro de López Mozo no puede someterse a etiquetas, por su variedad y diversidad. Si en los inicios de su carrera cultivó asiduamente unas formas expresivas claramente vanguardistas para unas parábolas teatrales cuya estética las emparentaba con el expresionismo, más tarde se enriqueció incorporando a su trabajo elementos nuevos de formato realista, sin abandonar en absoluto el carácter de sus propuestas anteriores cuando así lo re-



quería la naturaleza del asunto que se dispusiera a tratar.

En el caso de *Puerta metálica con violín*, nos hallamos ante una parábola fuertemente expresionista, cuya brevedad no menoscaba su formidable potencia dramática ni la eficacia de su denuncia política. Ya, desde el comienzo mismo de la primera acotación, el ominoso ruido metálico en la oscuridad produce una sensación áspera y dura, a la vez que premonitoria. Un hombre de gafas negras pinta cruces en las puertas diciendo que pinta equis, unas cruces cuyo sentido desvelará el Joven, que sin duda es alusión a un tiempo nuevo que no deberá permitir que esas cruces que marcan a las víctimas se sigan pintando, por más que el hombre de la brocha, el Perlático (alusión que hermana a Franco y a Pinochet, éste quizá con más detallada literalidad) amontone mentiras y excusas para ocultar, tapar miserablemente con torpes disimulos los crímenes que comete tras las cerradas puertas señaladas con las cruces. Un recurso poético es el violín que hay junto a ellas y que, a pesar de carecer de cuerdas y de arco, a pesar de haberlo roto deliberadamente para silenciarlo, suena con notas que provocan la respuesta de otras, hasta producirse una armonía, una música, un gran concierto lleno de majestad y de fuerza que abre las puertas hasta entonces herméticas, una música de denuncia, de luz arrojada sobre los crímenes, que los hace incontestables y patentes, sin que al Perlático, al responsable del horror, no le quede más recurso que sentarse en una silla de ruedas e invocar su invalidez para obtener su impunidad. Cuando el Joven pretende que responda de sus crímenes, aparecerá Sotapaja, el beneficiario de los crímenes de Perlático y ahora su encubridor y defensor, que invoca principios humanitarios para sustraerlo a la responsabilidad y que vuelve a cerrar la puerta que la música abrió (¿Quién se acuerda de sucesos tan antiguos? Aunque no lo crea, mejor así), llevándose, de paso, el violín, aunque en depósito, naturalmente... Y, al Joven, ya que no es posible castigar los crímenes pasados, y hasta la música que los denunciaba está en depósito, sólo le queda la denuncia escueta para que, por lo menos, no se repitan en el futuro. Nos basta con mirar esas puertas ya definitivamente cerradas, mirarlas, contemplarlas fijamente, con ansias de mostrar la verdad.

Una obra corta y, sin embargo, seria y dura, esta de López Mozo que ganó el *II Premio de Teatro "Doña Mencía de Salcedo"*.

El primer accésit lo obtuvo nuestro compañero de fatigas Salvador Enriquez, y su obra es la segunda de las tres que componen el volumen, precedida por un prólogo del director de escena Jorge Rivera que nos muestra las múltiples facetas que como escritor tiene Enriquez, y que resume en el calificativo de comunicador que le aplica. Y, tras el preámbulo, la obra premiada. Una obra de rigurosa actualidad, de gran tensión dramática, y que aborda una cuestión de interés general tan evidente como el terrorismo, sus gentes y sus peculiares circunstancias. *Cuando den las tres* nos muestra a dos terroristas de distinta edad que, en una cabaña del monte, vigilan a un secuestrado que no aparece en escena, y al que deberán ejecutar cuando den las tres si antes no han sido liberados los presos que la organización ha exigido como precio por la vida del rehén. Las distintas edades de Pedro e Ignacio sirven al autor para que sus distintos grados de experiencia y endurecimiento jueguen dialécticamente y sostengan una acción que podría hacerse monótona por causa de la situación única de la pieza, cuya tensión va creciendo a medida que se oyen las campanadas de algún reloj de torre aldeana que inexorablemente, con la implacable necesidad del destino, lleva la acción, hasta entonces contenida, a un desenlace tan trágico como previsible. Con lo dicho basta para hacernos idea del alcance y ambición de una obra que, con una economía de medios llevada hasta la austeridad, alcanza unas cotas dramáticas de gran eficacia.

La tercera obra del librito se titula *Y mañana será otro día*, ha sido escrita por Manuel de Pinedo, y ha obtenido el segundo accésit del referido Premio. El prólogo, de mayor amplitud que los anteriores, es de Alfredo J. Curiel Aróstegui. El texto de Pinedo requiere una sola actriz, pero no es un monólogo, pues son numerosas las voces en *off* que le dan réplica, componiendo una historia que, como un itinerario de pasión, va desde el discurso de utopía política que pronuncia la protagonista, que se define a sí misma como "anarquista, marxista, comunista, social-demócrata, demócrata-cristiana, budista, católica, blanca, negra y amarilla a la vez", discurso que trunca la llegada de la policía, hasta el psiquiá-

reseñas

trico, la cárcel y, tras apenas alcanzada la felicidad personal, a una muerte absurda, sin causa ni objeto, por disparos anónimos sin otro motivo que la general violencia del mundo. El pesimismo de Pinedo ya se nos había anunciado en el mencionado prólogo, en que citando al profesor Orozco Díaz, se dice que este autor “patea sobre el asfalto sucio de las calles, sobre el estiércol que lleva dentro el

hombre, algunos hombres: los caínes, los lobos...” Sin duda por ello ha merecido esta obra unirse en un único libro a las de López Mozo y Salvador Enríquez, a las que hace digna compañía.

Un libro, en fin, este de La Avispa, que no tendrán más remedio que leer quienes no lo hayan leído. El teatro también se lee. Y, si además se le monta, miel sobre hojuelas. ■